

voluntad se le debía tan discreta industria, todavía, recelosa de algún engaño, no quiso aquella primera noche alargarse á más que á pedir acomodásemos de tal suerte aquel puesto que pudiese ella vernos; pues con algunos fáciles barrenos saldría de duda y pasaría con mejor objeto. En fin, unos y otros por entonces quedamos dudosos, hasta que haciendo, según el advertencia, los barrenos, mi amo salió de confusión y aun de juicio; y doña Elena mostró, aunque vergonzosa, igual contento, y descubriose bien en razones, como asimismo el tierno amante en sus agradecimientos humildes.

Quería ella obligarle y salir gananciosa, y así, en breves palabras, estimó su voluntad, aseguróse de su perseverancia, encareció las primicias de su recompesa, y el peligro á que se ponía, el temor y cuidado de sus padres, y últimamente, recibéndole por suyo, puso límites á los efectos de su amor, anteponiendo su honra y la obediencia paternal. Y si bien con esto raras veces deja de atropellarle, replicando su amante, la dejó tan contenta como segura de su buen empleo.

## CAPÍTULO XIV

*Convalece su padre de doña Elena: vuélvense á Zaragoza, y ella tácitamente en el camino se desposa con su galán.*

Por esta parte, y con el viento en popa, fué engolfándose aqueste amor recíproco; y viéndose casi todas las noches, en ellas acabaron de satisfacerse y aun encadenarse, con tan estrecho nudo, que sólo la muerte ha podido romperle.

Aquí, haciendo el afligido Fulgencio una gran suspensión, dando nuevos gemidos, interrumpió su cuento; no obstante, que la promesa hecha á Federico (dejándole aún más confuso su impulsado extremo) le forzó, reprimiendo las lágrimas, á proseguirle de esta suerte:

—No hay tan valiente antídoto contra toda aspereza como el trato y la comunicación, dulce y agradable tiranía de los corazones humanos. Esta reduce la condición más bárbara, el ánimo más entero y el deseo más esquivo; y así llano es que siendo tal su operación, mejor ahora en dos tales sujetos, en dos espíritus generosos, en una discrección apacible haría su efecto. Pues es certísimo que no pudo mi amo hallar remedio más seguro para conseguir su deseo y amartelar de veras el pecho de su dama, como la continuación de sus visitas; en cuyo término, teniéndole



la enfermedad de su padre, llegó el día de su convalecencia, y después el de volverse con igual regocijo á su natural; si bien ya entre los dos amantes tenían dispuesto, para oportuna ocasión en el camino, la mayor seguridad de sus intentos, y esto temerosos de que la condición terrible de su madre atropellase con ellos; y más si á las sospechas referidas se le juntase el entender la voluntad de su hija. Y así, para mejorar su partido y recato, mi amo, en diferente hábito, adelantaba las jornadas; ya las noches en el de mozo de espuelas, fingiéndose mi criado, esperaba solícito la ocasión; que aunque á la vez es tarda, al fin se deja hallar de quien la busca. Y así como por providencia superior iban encaminados sus fines, todas las cosas enderezadas á ellos les sucedían á propósito.

Estuvo en un lugar mitad de la jornada, como recién convaleciente, apretado su padre de doña Elena; con que la noche misma que á él llegamos, el alboroto y confusión de los criados y el nuevo afligimiento de su madre, dieron lugar á que los dos se viesen, y con tan buen espacio, que hallándonos presentes yo y otro criado de á pie que nos acompañaba, después de ternísimos abrazos, haciendo á nosotros y á los cielos testigos, se dieron fe y palabra de esposo; y con tanto, gustando doña Elena que estuviese encubierto hasta mejor coyuntura, de común acuerdo y por obviar algún inconveniente que los dañase,

se despidieron, aunque no sin lágrimas, para no verse más hasta Zaragoza, adonde en breve tiempo y más crecido gusto fuimos bien recibidos; no obstante que, á suspenderse más nuestra venida, hallara mi señor muerto á su padre.

Estaba éste cargado de vejez y de achaques, tan arraigados y poderosos, que á pocos lances le concluyeron, quedando mi dueño, aunque heredado y rico, sumamente lloroso. Con que ocupado en sus exequias y retiramiento forzoso, y aumentando su tristeza la ausencia y tardanza de su dama, se le pasaría un mes, después del cual, á ser el arco de iris de sus tormentas, llegó á esta ciudad, prosiguiéndose en ella nuestra empresa amorosa con mayor libertad. Y aunque llenos de luto y exteriores iguales, tan alegre el amante á la vista de su esposa, como ella diligente y solícita en mostrarle siempre que su celosa madre dispensaba en su rocato y guarda.

Mas duróles este pequeño alivio solamente lo que ella tardó en penetrar sus pasos; porque cuando un amor es vehemente y fiel, casi se imposibilita el encubrirle; fuera de que su mayor inquietud y nuevo desasosiego puso en los ojos de su madre la causa, y juntamente con los pasos y asistencia de su amante el autor de ella. Del cual, no obstante que dos veces tan solas le había visto, tenía con la primera sospecha tan impreso, como aborrecido y odioso en su corazón, con que creciendo agora la pasión quedó á sí



mesmo confirmada su mala voluntad. Y no así como quiera, sino con tan notable extremo y aversión que, de la propia suerte, juzgó de su persona para yerno como si realmente fuera un hombre indigno.

Decíase entonces que el ser esta señora extranjera del reino y de nación poco afecta, ocasionaba sus desprecios. De aquí nació el retirársela; bien que nunca pudo excusarse su comunicación, valiéndonos de diferentes trazas para continuarla; aunque con tales inconvenientes que, considerados muchas veces, mi dueño propuso á doña Elena el declararse, pidiéndola á sus padres. Mas ella, que interiormente sabía que intentaban casarla con un deudo cercano de su madre, quiso primero se desbaratase aquel designio que se le propusiesen sus deseos, temiendo que su declarado rencor, ayudado de la ocasión presente, los atropellaría ó pondría de peor condición; y así, esperando que el tiempo dispusiese estas cosas para mejor satisfacer su fiel amante y reconocer la dificultad de verse, acordó otra ingeniosa estratagemas.

## CAPÍTULO XV

*Prosigue el preso su amoroso discurso y cuenta en él la traza con que llegó su efecto.*

ADVERTIÉMONOS, pues, doña Elena cuánto importaría al cumplimiento y fin de sus amores que mi persona, archivo entonces de ellos, procurase entrar en el servicio de sus padros; pues este pensamiento tendría efecto, ó ya valiéndose de negociaciones, ó ya de intercesión, que no se lo negasen; con lo cual, no juzgando difícil esta traza, porque ni tampoco su madre me conocía, hubo de aprobarla mi amo, y yo, aunque sentí el dejarle (por su mayor contento), me dispuse. Y fingiendo con mis compañeros y amigos diferente ocasión, valiéndonos de inteligencias poderosas, se consiguió la nuestra; y de manera que en breves días pude, no sólo contarme por criado de doña Elena, mas juntamente (á fuerza de asistencias y puntualidades) por el más confidente y querido de sus padres.

Cuando al tirar el arco pasa el pulso, sus límites ó la cuerda se desanuda y rompe, ó él, saltándose, quiebra y despedaza. Tal sucedió por la celosa guarda, por la aspereza y terrible severidad de su madre; pues llegó á apretarla de suerte que, privada, con declaradas muestras de la esperanza de sus deseos, se aumentaron sus llamas,



para que, sazonadas con tantas repugnancias, llegase más aprisa el último lance, por cuya ejecución, trazándolo ella, se dispuso mi persona que, como ladrón de casa, sin guardarse de mí, pude fácilmente meter al dueño de mis transformaciones en mi aposento; y dél, á conveniente hora, con llaves hechas de propósito, en el de su dama, con quien yo entiendo que ni él andaría corto, ni puesta en semejante aprieto ella más desdeñosa.

Ratificóse entonces la primera palabra; y, consumándola, salió en mi compañía sin ser sentido. Con esta traza, tan bien asegurada, consiguieron con esta traza, tan bien asegurada, consiguieron su gusto y prosiguieron sus deseos que, aun en su cumplimiento, anhelaban por mayor esfuerzo. Porque no la dulce posesión causa desprecios en el amante fiel; antes, gozada, crece la estimación y el conocimiento de más amables partes. Mas ¿quién pensara ahora que en tan estrechos lazos, en vínculo tan indisoluble, pudiera haber quién, sin desanudarles para su destrucción, como el magno Alejandro, le cortara por medio?

Ocasionó tan grande desventura el ausencia forzosa de mi dueño que, á precisos negocios de su religión, hubo de partir á Castilla, con gusto y beneplácito de doña Elena, cuya persona y el despidiente de sus cartas, avisos y sucesos, quedó á cargo de mi mucha diligencia. Iban las de sus padres aumentándose en aquella sazón, cuidadosos de darla estado y mayormente la compa-

ña del pariente que he dicho. Mas como la hermosa dama estaba ya tan imposible, resistiendo, aunque humilde, ya con su corta edad ó ya con otras causas, procuraba excluirse. Parecieron-les frívolas y aparentes; y así apretaban su delicado espíritu, el cual, mientras pudo vencer al temor y amenazas, estuvo firme; mas cuando de su resolución y parecer previnieron libertades secretas, trocando neciamente su blandura en rigores, determinaron oprimirla con fuerza.

Quitáronla, en consecuencia de esto, sus galas, midieron sus pasos y acortaron su clausura y encierro; y con tan exagerada diligencia, que de ningún criado, por más familiar y confidente que fuese, llegaba por entonces á ser vista. Y, con ser tal su tratamiento y pena, pienso que aún la llevara con paciencia gustosa, si á estas desdichas no se le acrecentaran otras mayores. Culpa de su poca capacidad, pues, en tales extremos, fuera justo excusar cualquiera inconveniente.

Digo, pues, que la afligida dama, en medio de estas tribulaciones y para su mayor consuelo, reiterando una y muchas veces las cartas y billetes de su amante, recreaba el corazón doliente; y con la dulzura de sus requiebros y la discreción de sus razones, acompañaba la tristeza de sus encierros. Y aunque, á su parecer, hacía estas muestras recatada del sol, no así lo fueron del cuidado y recelo de su madre, en cuyas manos dieron, á su pesar, estos papeles, y



juntamente el desengaño cierto de sus inobedencias. Con que no obstante que quien en ellos se escribía ó mentaba mi asistencia, mi razón que ensangrentase en algo su sospecha, todavía lo que leyó bastó á creer que aquella pretensión iba muy adelante.

¡Oh providencia inútil de este frágil sujeto! ¿No es bueno que la causa urgentísima de verdades tan claras, de tan averiguado amor y voluntad, en vez de remediar el inferido daño y de desistir de su intento, no sólo la obligó; pero, al contrario, vencida de ira, atropelló el maternal amor su propio gusto, desalentó su confianza, y, finalmente, con amenazas y obras, no sólo puso en detrimento su vida, mas lo que doña Elena sintió y aun temió mucho más, mengua en su honestidad, falta en su honra?

## CAPÍTULO XVI

*Presume hacer su madre en doña Elena indignas experiencias, y temiéndolas ella, se rinde á su voluntad.*

HASTA aquí pudo durar la constante perseverancia de una mujer principal, en quien mayor batería hace, mayor estrago, un átomo de infamia que todos los rigores, aspereza y crueldad. Porque no la espada furiosa de Tarquino, sino el amor afrentoso de su esclavo, forzó á la casti-

sima Luerecia. Y así, rendida de tan grave dolor y aumentándosele con nuevas amenazas, pues aun se extendieron á intentar experiencias imprudentes en la entereza de su cuerpo; temiendo este último golpe, dió el sí forzado doña Elena, y poco después, al segundo esposo y pariente, con las diligencias necesarias y bendiciones de la Iglesia, la posesión de su persona.

Pasaron todas aquestas cosas con tanto secreto á los principios, y después (porque doña Elena no se volviese atrás) tan por la posta, que, aunque con ella avisé al ausente, cuando á toda diligencia llegó al remedio, ya su dama estaba sin él. Pagando yo, que ni tenía la culpa, ni había faltado á cosa de su gusto, el tormento rabioso de sus penas, el entrañable y nunca oído dolor, que rompió sus entrañas. Pues á la primera vista que tuvimos, discurriendo en el caso, no sólo puso falta en mi diligencia, sobra en mi olvido y obstáculo en mi fe, mas arrancando de la espada, en vez del premio merecido, por tantos servicios y trabajos, saqué de sus manos muchas heridas, y lo que más sentí, injurias indignas y afrentosas de su boca.

Convínome, por no dejar la vida, huirle el rostro; y así, llegando á mi posada y diciendo en ella otra diferente ocasión, di orden en mi cura, y no se consiguió tan fácilmente que primero no me viese en mortal peligro; y fuera de éste, en largos días de cama y convalecencia obrando en



su progreso de tal suerte la memoria de tan injusta ofensa, que no sólo no me abstuvo lealmente de tales pensamientos nuestra antigua crianza y amistad estrechísima, el pan, el sustento que, como, al fin, criado y hombre noble debiera anteponer á la injuria, sino que olvidando estas y las demás circunstancias que pudieran divertir la venganza, cerrándoles los ojos, me dispuse á ella; y con tal presupuesto, disimulando, recibí algunos recaudos, muchos dineros y mayores regalos, que ya con menos pasión me enviaba mi arrepentido y pesaroso dueño casi en todo el discurso de mis males.

La miserable vida que en estos intermedios padecía doña Elena (en quien porque no se me olvide había muerto su padre), bien claramente la mostraba su rostro, cuya hermosura, marchitada y triste, hacía públicas sus interiores penas, su forzado gusto, y, sobre todo, la aborrecible compañía de un hombre, siempre mal afecto á sus ojos; y de quien, ó su propia conciencia, ó el defecto que pudo presumir de su persona, la tenía temerosa y en continuos recelos. Y no presumo que fuera de razón; porque con desear su esposo y deudo tiernamente su agrado y sumamente su posesión desde el día que llegó á tenerla, ni el rostro se le miró contento, ni en sus afectos y razones se conoció el gusto que antes, ni menos las caricias, asistencia y amor del nuevo estado; y, en conclusión, según el tiempo lo

declaró después don Rodrigo (que tal era su nombre), tuvo más que premisas del suceso; y poco á poco, en confirmación de sus sospechas, vino á entender las que más le irritaron. Porque muchas veces con los juicios del ánimo adivinamos la suerte, donde nacen nuestros bienes ó males.

El espíritu amante de mi dueño, perdida su antigua posesión, bebía los vientos por ver y hablar á doña Elena; y ella, que no menos cautiva, dispusiera su alma á tener quien la animara, con el mismo deseo, vacilando, intentaba mil medios, que yo, por principio de mi mayor venganza, dificultaba y corregía. Mas no pudiendo, sin declarada contradicción, negar en todo la inteligencia de mi ayuda, no obstante que en ella se fundó la ejecución de mi cruel deseo, propuse el tratarlo de manera que, á horas excusadas y sin sospecha, los dos amantes se hablasen muchas veces por una alta ventana, de cuyas pláticas (después de amargas lágrimas y satisfacciones sin remedio), á no prevenirla mi ingratitud y alevosía, resultara sin duda una extraordinaria resolución. Mas yo, que solamente deseaba con obstinado corazón, rabiosa venganza, atajé sus intentos divirtiéndolos hasta mi conveniencia con disimulación cautelosa, que es singular destreza (permítase me culpe mi propia maldad) tener siempre cariño la traición, palabras dulces, obras enormes, seguridad matando, y promesas y disimulaciones para engañar mejor.



## CAPITULO XVII

*Descubre Fulgencio á don Rodrigo los amores de su dueño; trazan su venganza los dos, y concluye su cuento.*

CONFIESO, amigo, que fui, sobre todos los hombres, á mi buen dueño, ingrato, y que ni sus injurias, sus palabras y heridas pudieron lastimarme en la honra. Porque el señor no afrenta á su criado, y, por consiguiente, ni en mí cupo su ofensa ni en él mi venganza y satisfacción; y así, cualquier castigo, cualquiera pena, juzgo por muy igual al merecimiento de mi delito.

Este llegó, en efecto, á sazonzarse y prevenirse en mi pecho de tal manera que, advertidas las sospechas y disgustos de don Rodrigo, su pesar y cuidado, hice de su favor, de su ira (al parecer justa), instrumento y cuchillo para vengarme. Y en ocasión oportuna, vendiéndome por muy su confidente y leal criado, puse en sus oídos los pasos de mi antiguo señor (y, aun antes y después del casamiento, sin tocar en cosa de mi daño), su pretensión y voluntad. No obstante que de ella, por parecerme honesta y justa á los principios y por juzgar después que con el nuevo estado cesaría, no había prevenido como al presente su prosecución y según me obligaba mi lealtad. Con lo cual, diciéndole así mesmo el

modo de sus visitas, la ventana y la hora, y ofreciendo ayudar con la vida últimamente, prometí perderla en la satisfacción de su honra, dejando, á razones tan tristes, absorto y suspendido su corazón. Mas satisfecho de mi verdad y no poco ayudado de su sospecha se alentó á la venganza, ordenándola sin mayor dilación por el camino más breve y conveniente á su honor y castigo de semejante afrenta. La cual aún vió primero, á instancia mía, con sus propios ojos; porque como los seguros amantes fiaban de los míos su secreto, fácilmente, redundando de mí, podían cogéles en el hurto, mas de otra suerte no; porque para emprenderle, las ausencias que don Rodrigo hacía de noche á la conversación ó el juego eran su razón principal, y yo, en la calle, la centinela y cierto aviso de su vuelta.

Habiendo, pues, conseguido patente el desengaño de sus celos, creció con él el sangriento ánimo, si bien cuanto á su esposa, aunque á su primera duda acreditaban semejante muestra, todavía, el parecerle conjeturas solas, no bastaban á disponer de ella; le tenía indeterminable. En fin, la siguiente noche, acompañándole su hermano y otros tres criados, puestos en diferentes sitios, esperamos el lance, de quien era mi vigilancia y orden el fundamento principal.

Llegó, pues, el descuidado galán á su acostumbrado desvelo, y debajo de mi seguro y confianza, apenas con doña Elena comenzó su pláti-



ca, cuando su esposo juntamente dió los primeros pasos de su venganza. Los cuales fueron cerrarla por de fuera el aposento adonde enajenada con su amante (digo desde sus ventanas) estaba en dulces coloquios, y luego, descendiendo la calle, en viéndole rodeado de todos, se halló embestido y aun herido de mi espada mi pobre dueño. A los principios no dejó de mostrar valiente resistencia, pues á nuestro pesar, en comparado término, fué retirándose un grandísimo espacio, hasta que finalmente acosado de tantas armas, ciego de la oscuridad y tenebrura de la noche, resbalando en la nieve que los nublados con inclemencia despedían, cayendo, perdió el sentido y juntamente las esperanzas de su defensa. Con que siendo blanco á nuestra cólera y espadas, quedó rendido y pidiendo, por últimas ansias, confesión. Mas curándonos poco de su demanda, juzgándole por muerto, nos quisimos volver, si al mismo tiempo no interrumpiera este propósito el sentir los pasos de una mula, y poco después que en ella se acercaba casi al puesto en que estábamos un religioso, cosa que inopinadamente causó en don Rodrigo notable alboroto, y no tanto por el riesgo en que estaba, cuanto porque la no pensada vista de aquel fraile indució de repente otra nueva salida, para del todo acabar con sus sospechas. Más ella fué de suerte, que entiendo el mismo infierno no se atreviera á imaginarla.

Al fin, aunque nosotros lo ignoramos entonces, confiriendo de la nobleza de su pecho que quería hacer á su enemigo aquel beneficio, por orden y mandato suyo apeamos al fraile, y advirtiéndole el caso, no sin alguna alteración, asistió á él, confesándole; no obstante, que cuando concluido aquel acto quiso, pidiendo beneplácito despedirse y llamar en la portería de su convento, cuyo umbral ocupaba el desangrado cuerpo, entonces, sacándonos de duda, descubrió don Rodrigo su dañado propósito; pues nos le hizo sacar á más seguro puerto; y aunque sintiéndose en el camino herido mortalmente, no se halló en la ejecución, encomendándola á su hermano y á mis compañeros; arrimado á mis hombros dió la vuelta á su casa, y á mí en el camino de ella bastante parte y cuenta de su espantoso atrevimiento. Pues no era menos que, para penetrar si de la confesión de mi dueño resultaba el seguro de la ofensa que presumía en su esposa, hacer que el fraile, ó de grado ó de fuerza, la revelase.

Mas no permitió el cielo que tan grave pecado se siguiese á su primer delito, ni que uno y otro se quedase sin el castigo que todos merecíamos; porque apenas llegamos á las puertas de nuestra casa, cuando en ellas se apoderó de don Rodrigo la justicia, y á mí me trujo á estos aposentos, adonde habiendo estado tres días, que ha lo que yo sospecho, fué suspensión por mayores indicios; hoy, que es el tercero, me sacaron á un te-



meroso tribunal; en quien viéndome de una parte rodeado del verdugo cruel de mi conciencia y de otra declarándome la confesión de doña Elena, la de don Rodrigo su esposo y la del mal vendido dueño mío; en que los unos me culpaban de traidor y los otros de cómplice; y juntamente sabiendo la mejoría del uno, el depósito de la dama y peligro mortal de don Rodrigo, la muerte de su hermano y las heridas de otro criado, que así mismo con él hallaron en el campo (porque así la divina justicia por mano de aquel fraile los había castigado), y últimamente, juzgándome por causa de tan grandes desdichas, acobardado y confuso, sin esperar á que negándole pusiesen en contingencia mi vida, no sólo confesé cuanto me imputaban, mas, agravando mi culpa, la tomé tan de atrás como en la proligidad de aqueste cuento habéis oído de mi boca.

Estas fueron las últimas palabras del misero Fulgencio, y aun el principio de su mayor confusión de Federico; pues aún no acertaban á darle las debidas gracias, ni menos el consejo que tan por la posta convenía á sus declarados delitos.

## CAPÍTULO XVIII

*Dáse fin á la historia, y goza Federico el premio merecido de su buen celo y religión.*

SATISFECHO Federico por lo que había escuchado, de que su tragedia y aquélla eran una misma, pues el don Félix que la justicia halló fué el que en hábito de fraile él había ayudado á morir y á quien mató con el pistolete su hermano de don Rodrigo, y su criado el que también dejó herido en el campo; y cierto de que su culpa, según tales indicios, estaba bien averiguada, perdió totalmente la confianza y con ella el breve consuelo que la ignorancia de tal suceso le había causado; mas puesta en los cielos su esperanza y remedio, con ánimo constante aguardó el temeroso fin, divirtiéndose la noche y hablando sobre el caso con el nuevo amigo, hasta que á las primeras horas del siguiente día, oyendo abrir la puerta, le convino callar y seguir á uno de los ministros que allí le habían encerrado.

Bien presumió que iba á la presencia de los jueces, y así, encomendándose al que lo es de todos, llegó á su tribunal. En quien haciéndole ante todas cosas cargo de su antiguo delito, se prosiguió á los indicios presentes leyendo la confesión que más le culpaba, que era la del segundo herido, con quien asimismo fué entonces carea-